



Como un Midas perverso, Alito supo convertir el fracaso partidista en un triunfo individual. Es el epítome de la imperfección de nuestra democracia.



Alito 2032

¿Alguien acaso dudaba? ¿Imaginábamos un desenlace distinto? Alejandro Moreno consumó su reelección al frente del Revolucionario Institucional. Votó por el campechano bravucón el 97% de los integrantes del Consejo Político Nacional del PRI, antes un órgano de decisión; hoy un abuso del lenguaje. Quién te viera y quién te ve.

Es la cereza del pastel a las reformas estatutarias aprobadas hace un mes. Estas conllevan no solo la reelección por cuatro años; también insinúan la posibilidad de cuatro más. Si nada se tuerce, Alito dirigirá al PRI hasta 2032, un tiempo que va más allá de nuestra imaginación. Entremedio, dispondrá de un partido para sí mismo. Las reformas le permitirán designar a los líderes parlamentarios a contentillo y controlar el aleteo de cada mariposa que ose volar dentro del viejo edificio de Insurgentes Norte. Ahí termina y acaba el reinado de quien optó por ser cola de ratón.

Mientras más poder tiene Alito, más

se encoge su reino. La paradoja es alucinante: la derrota de junio fue –también– su victoria más duradera. Como un Midas perverso, supo convertir el fracaso partidista en un triunfo individual. La aritmética básica la entendió bien: el ocaso del partido era proporcional a su poder. Un partido mediano, tirando a pequeño, es el mejor recurso para quien no persigue grandes éxitos, sino la expansión de sus palapas en las playas de Champotón.

Alito no solo celebra su reelección. Esta semana cumple su quinto aniversario al frente del PRI. Valga recordar la promesa hecha en su toma de posesión en agosto 2019: devolverle la grandeza al partido y respetar la disidencia interna. Un recuento rápido nos muestra que no hizo ni una cosa ni la otra.

En 2019, el PRI gobernaba doce estados de la República; hoy solo dos. Hace cinco años, el partido tenía casi siete millones de militantes. La última vez que revisé las cifras del INE, solo quedaban un millón cuatrocientos mil. Serán me-

nos cuando se impriman estas letras en el periódico de hoy. La hemorragia no respeta las vacaciones de verano.

A partir de septiembre, el otrora partido hegemónico será la quinta fuerza política en la Cámara de Diputados. Alito, sin embargo, será senador plurinominal. El primero en la lista. El porvenir que amarró para sí es el mismo que le niega a su partido.

En el camino, Alito se ha despojado de lo peor y de lo menos peor del PRI. Sus purgas no distinguen entre errores intelectuales y defectos morales (la distinción es de Alejandro Rossi). En la misma bolsa de “cínicos”, “lacayos” y “corruptos” van Dulce María Sauri, Enrique Ochoa, Pedro Joaquín Coldwell, Alfredo del Mazo y, por supuesto, Manlio Fabio Beltrones. ¿Podrá sobrevivir Alí Babá sin sus cuarenta ladrones?

Hoy, tras ser defenestrados por el líder, éstos y otros nombres apuntan su furia contra él. Ayer, sin embargo, cuando Alito era útil a sus horizontes políticos, lo llenaban de elogios. No era el extor-



PERIÓDICO	PÁGINA	FECHA	SECCIÓN
	8	15/08/2024	OPINIÓN

sionador al que acusan hoy, sino el líder “directo” y “energético” que el PRI “necesitaba”. A cambio de pragmáticas alianzas que terminaron por encumbrarlos, Alito les prometía el futuro que ellos solos no podían cosechar. Ellos lo elevaron, hoy lo padecen. Bien merecido lo tienen.

Es un pataleo sin sentido. El problema del PRI no es Alito. Él es síntoma y consecuencia, no la causa del deterioro. Miremos al elefante en la habitación y digamos las cosas como son: hace muchos años que el PRI dejó de ser funcional al sistema político del país. No tiene espacio ni representación legítima. A la izquierda, su lugar histórico en el espectro ideológico está tomado por una ola guinda que amenaza con quedarse por décadas. A la derecha, hay opciones políticas con mejores cartas credenciales. El PRI todavía está, pero ya no es.

Alito es, pues, ambas cosas: sepulturero y médico que mantiene con respiración artificial a un partido que, con el 9.5% de la preferencia electoral, solo sirve para extraer rentas y vender candidaturas. Es el epítome de la imperfección de nuestra democracia; delata el fracaso de nuestra transición.

Alito no es Macbeth, pero padece los mismos estragos que la ambición desmesurada causó al personaje de Shakespeare. Tarde o temprano caerá. En la política y en el teatro, este tipo de figuras no conocen otro destino. Antes, sin embargo, le queda mucho daño por hacer. El camino hacia 2032 es largo.